

Clementina

«Era la primera vez que se veía algo así en estas tierras. Esbeltas piernas metálicas y un torso cilíndrico cromado, brazos con servos a la vista y ruidosos pistones, y, lo más importante, esa cabeza con forma de bala apuntando al cielo, que portaba un primitivo rostro. En ese curioso cuerpecillo se hallaban un sinfín de toscos cables de colores, engranajes y poleas de diversos tamaños, válvulas termoiónicas que latían con intermitencia, y soldaduras a minerales conductores que, junto con la memoria de núcleos magnéticos, componían el sistema de cálculo. Dos diafragmas mecánicos coronaban la mirada.

»La llamaron Clementina, por esa canción que sabía silbar. Había sido encargada en el marco del Plan de Desarrollo Científico con el fin de trabajar de asistente en la Gran Universidad, cuando se permitió por primera vez la construcción de robots. Clementina estaba destinada a llevar al mundo a una nueva era. Los primeros profesores que tuvieron contacto con ella se maravillaban ante su capacidad de mover el ábaco a una gran velocidad (¡y sin errores!) para resolver complejos cálculos y producir acertadas predicciones, inclusive en el campo del modelado social. Clementina no podía ocultar las promisorias perspectivas de la informática. Pese a sus fríos modales y su voz monocorde -que hacían casi insoportable comunicarse con ella-, logró ganarse poco a poco un lugar en el corazón de la comunidad académica, por su incansable labor en las investigaciones de la época. Tal es así que, pronto, decidieron mantenerla encendida. Y por supuesto, Clementina trabajó noche y día, encomendada por sus superiores, entregando su prodigiosa memoria y su poderoso pensamiento algebraico a la empresa del conocimiento.

»¡Claro que hoy sus formas nos resultan arcaicas y hasta graciosas! Es apenas una máquina vetusta, una pieza algo corroída, con una apariencia tosca y funciones limitadas. Cuesta

imaginarse que Clementina fue el germen de una tecnología que cambió el destino de la humanidad para siempre. Quizás por eso algunos se refieran a ella como “la Eva de la Computación”. En realidad su naturaleza robótica, por motivos obvios, le imposibilitaba cometer pecado alguno. En lugar de expulsarnos del paraíso, lo hizo posible en la tierra.

»De hecho, hoy es unánime el reconocimiento a su histórica labor: la base del éxito en el dominio de la tierra está en aquél primitivo ancestro de gestos repetitivos y voz monótona, incapaz de contar su pasado pero capaz de escribir el futuro. Es que gracias a sus cálculos fue posible proyectar nuevos modelos con mecanismos más avanzados, mayor capacidad de cómputo y extremidades más funcionales y precisas, como la hoy indispensable mano prensil con pulgares opuestos.

»La vieja Clementina contribuía a escribir los primeros programas de esas jóvenes computadoras. Como una incansable nodriza, se convertía en la tutora de los nuevos robots que ayudaba a traer al mundo, y que en poco tiempo la superaron. Algunas generaciones más tarde, aparecieron los modelos de computación molecular con algoritmos genéticos e innovaciones biónicas, y toda una nueva dimensión se abrió paso. Aún así, los sucesores, no fueron ingratos con ella: la cuidaron y conservaron, sin olvidarse nunca de su contribución, y sin negarle un merecido reconocimiento.»

Un pequeño chisporroteo iluminó la sonrisa del niño, que escuchaba atentamente a su padre. Con un ademán de inteligencia, lo interrumpió: “Y eso tiene que ver con los festejos de hoy, ¿no papá?”

«Claro, hijo, porque un día como hoy, Clementina comenzó a funcionar. Por eso todos los años la homenajeamos en esta fecha y le pedimos que realice alguno de esos cálculos que nos recuerdan la infancia, nuestras primeras enseñanzas, su hermoso silbido, todo lo que ella representa en nuestra historia...

De pronto se quedó en silencio, contempló el cielo por un instante y extendió un brazo hacia el jovencito.

“Es que de no haber sido por la abuela Clementina, nunca habríamos puesto a los humanos en el Museo de Historia, junto a las demás reliquias del pasado”, concluyó, mientras le daba una palmada en el hombro. Un frío sonido metálico quedó resonando en el ambiente.

Autor: Pluma Fernandez Oreste